

# 1

## Las alas de mi padre

Nuestra posición es 39° 9' al norte del Ecuador y 9° 34' al este del meridiano de Greenwich. Aquí el cielo es transparente; el mar, color zafiro y lapislázuli; la vegetación, perfumada; los arrecifes graníticos, de plata y oro. En las pequeñas zonas cultivadas robando tierras al monte, sobre la colina, entre muros de piedra, brillan en primavera las flores blancas de los almendros, en verano, los tomates rojos, y en invierno, los limones.

Pero, muchas veces, toda esta belleza nos aburre, nos entran deseos del mundo normal y se nos ponen los nervios de punta. Entonces, si no podemos ir a la ciudad para desahogarnos, madame y yo hacemos cosas absurdas como zambullirnos en el mar en pleno invierno, bajar corriendo sin parar los doscientos metros del empinado camino de herradura que lleva a la playa y volver a subir siempre corriendo sin parar, nadar mar adentro hasta donde aflora la última roca, o en verano, ir caminando hasta Cala Pira y Punta Is Molentis para bañarnos al amanecer antes de que lleguen los turistas, o en cuanto termina el invierno, ir a recoger espárragos y volver aquí contentas a prepararnos unas tortillas.

Los dueños de estas tierras estarían dispuestos a vender y dejar que construyesen una urbanización para turistas con caminos cómodos hasta la carretera estatal. Pero nadie puede hacer nada si no vende también madame, que es una potencia infinitesimal, como dice abuelo, porque tiene las mejores tierras, más cercanas a la costa, situadas justo en medio de todas las demás. Un montón de hectáreas de monte mediterráneo más el hotel de madame, que no es exactamente un hotel, sino una casa donde pueden hospedarse como máximo ocho personas.

A madame la queremos. Cómo no quererla cuando nos trae pan, pasta y dulces caseros, y en verano, esos tomates con el mismo sabor de cuando los adultos eran niños. Eso sí, creemos que está loca por su manía de querer salvar Cerdeña del cemento ella solita, de no vender y seguir siendo pobre y así impedirnos también a nosotros que nos hagamos ricos.

En mi familia, la única aparte de los vecinos y de madame que vive aquí todo el año, hasta abuelo pensaba así antes, pero ahora dice que nos pasamos la vida haciendo grandes esfuerzos por adaptarnos al pensamiento dominante, que nos parece el mejor por ser el de la mayoría de la gente, cuando en muchos casos deberíamos emplear las energías en cambiar esa forma de pensar común, y a alguien le tiene que tocar ser el primero.

Por cierto, hablando de los vecinos y del hecho de que a ellos les gustaría vender, madame no entiende cómo unas personas tan religiosas y buenas, que antes de comer rezan para agradecer a Dios por los alimentos, no le dan también las gracias por este trozo de paraíso

terrenal y quieren permitir que construyan un montón de cajas de cemento, cada cual con su jardincillo cubierto de mullido césped y un montón de calles adaptadas para los coches, y todo por dinero. Como si no hubiera que defender la obra del Señor, incluso cuando no nos viene bien.

El hotel rural de madame da a un camino sin asfaltar. Una entrada para coches permite acceder a un corredor que, dispuesto al costado de la vivienda, desemboca en el amplio patio al que asoma el porche. Por la puertecita de entrada se accede a la casa, en primer lugar se encuentra el recibidor, a continuación, a la derecha, están la despensa, otro recibidor y luego la gran cocina, que da al porche. A la izquierda están los dormitorios y la escalera que lleva a la primera planta, donde se encuentran las otras habitaciones de huéspedes, todas comunicadas entre sí, pero para no quitar las preciosas puertas, madame se limitó a cerrarlas con llave.

Madame no tiene jardín, ni falta que le hace, porque ¿hay algo más hermoso en invierno que las colinas llenas de narcisos, y en primavera, la jara florecida y las flores azules del romero, y en verano, las azucenas silvestres? Sólo en los costados del patio cultiva unas flores que ya casi no se ven en ninguna parte, fucsias, pasionarias, lirios azafranados. También intenta cultivar una alcaparrera, con esas flores que se parecen a los pájaros mágicos de las fábulas, pero no hay nada que hacer, la tierra es demasiado buena para la alcaparrera, a veces en los muros de Cagliari o de Villasimius se ven algunas plantas, pero aquí, nada.

Excepto la de madame, nuestras casas son modernas y funcionales, copiadas de las de los pueblos de Torre

delle Stelle, Geremeas, Kal'e Moru, Costa Rei. Por este motivo, abuelo se peleó con la abuela Elena, cuando todavía vivía, y con mamá, pero el estilo demodé y chapado a la antigua<sup>1</sup> sólo le gustaba a él, a nadie más.

Abuelo y madame son muy amigos. Los dos ya están de acuerdo en que esta tierra no se vende. Abuelo vive a cuerpo de rey desde que lo perdió todo, y de rico señor de ciudad, profesor de filosofía por puro placer, no por necesidad, se ha transformado en campesino jubilado y se lo pasa en grande siendo pobre, ahorrando, pesando y repartiendo lo que cultivamos, llevando el libro de cuentas. Madame vino a parar aquí, a trabajar de hotelera, después de su enésimo empleo y fracaso sentimental.

Conocen los senderos de zarzas, madroños y helechos que llevan al otro lado de los montes, hasta las cascadas altísimas con tres o cuatro saltos donde el agua forma laguitos cristalinos rodeados de adelfas, en donde nos bañamos montones de veces y lo pasamos tan bien con abuelo que, a su edad, se pone debajo del chorro de la cascada para volverse hermoso, y con madame, que canta con su voz melodiosa.

En las colinas, sobre las faldas del sureste, al reparo del viento maestral, tenemos unos almendros y sacamos algo de dinero con las almendras, que se venden a muy buen precio para los dulces sardos, y con la verdura y la fruta de los huertos, en especial con los tomates de madame, que en el mercado de Cagliari se los quitan de las manos y todo el mundo se pregunta cómo

<sup>1</sup> Salvo que se indique otra cosa, en sardo en el original: *antigoriu 'e nannai*.

es posible que no sean aguachentos y tengan auténtico sabor a tomate, y aunque parezca mentira, madame se mantiene más con sus tomates y conservas que con los huéspedes del hotel.

De los bienes de mi familia no queda nada. Vivimos todos con la jubilación de abuelo y gracias a estos pocos terrenos cultivados robados al monte mediterráneo. La verdad es que, aparte de dinero en metálico, no nos falta nada. Las gallinas nos dan huevos, el huerto, fruta y verdura. Tenemos alcachofas, tomates, coliflores, espinacas, judías tiernas, guisantes, calabacines, pimientos, acelgas, coles, berenjenas, rábanos, lentejas y garbanzos. Hace cien años cavaron los pozos de agua, ahora se saca con electrobombas, se vierte en pilas de cemento y después llega a los huertos por una red de canales y surcos en la tierra. En cuanto al agua de beber, nos aprovisionamos en las fuentes que hay detrás de los montes de Sette Fratelli, para la electricidad contamos con los molinos de viento y las dínamos; y cuando no hay viento tenemos generadores, y telefonamos con los móviles buscando los lugares donde hay señal. No podemos derrochar nada. Tanto nosotros como los vecinos tenemos un todoterreno para llegar aquí desde la carretera estatal. En cambio, madame tiene un coche demodé y chapado a la antigua, un Ford Fiesta de hace por lo menos veinte años, al que siempre le saca brillo y del que se enorgullece por cómo arranca a la primera, haga el tiempo que haga, y al que una vez abuelo abolló un pelín mientras hacía una maniobra que a madame no le salía y ella le montó el numerito. Abuelo se puso nervioso y le dijo: «¡Ni que fuera un Ferrari!». A partir de entonces, a la vieja cafetera de

madame le hemos puesto «Ferrarina». Además de estos medios de transporte, contamos con dos caballos: uno es de abuelo, de cuando era rico y hacía equitación, se llama Salvo porque ya no galopaba y abuelo lo salvó de la muerte trayéndolo aquí; el otro es Amelia, una yegua de la pista de equitación, que habría acabado en el matadero de no ser porque abuelo se la regaló a madame. Todo lo demás es monte.

A madame le importa mucho la felicidad de la gente y cree en la magia; a cada huésped del hotel le echa las cartas del tarot para saber qué le hace falta y así poder dárselo, lo que pasa es que las cartas dan unas respuestas difícilísimas, entonces, ella se limita al significado de los números. Por ejemplo, cuando se trata de parejas, la mesa la pone con el número catorce, la Templanza, la unión entre dos elementos separados, o sea, catorce raviolis, catorce pastelitos, catorce cacitos de sopa. Si se trata de mujeres solas, el Carro, siete pastelitos, siete raviolis más grandes, siete cucharadas de pasta, porque el siete es el amante que, si no lo hay, con esta magia a lo mejor llega. Muchas veces lo combina con el tres, la Emperatriz, por ejemplo para desayunar, café, leche y chocolate, porque el tres es el número de la explosión creativa, y en las relaciones entre amantes la mujer permite que el hombre viva bien fuera de su hogar, y aunque no sea lo más feliz del mundo, al menos es mejor que nada. Es preferible el seis, el Enamorado, aunque sea un enamorado que trata de llevárselo todo porque no sabe elegir. Pero si le añades un tres, por ejemplo, tres cubiertos, tenedor de postre, cucharilla para el azúcar y el café, entonces se convierte en nueve, y el nueve es el Ermitaño, la soledad, que aunque ilu-

minada, según madame, es lo peor, así que hay que detenerse impenablemente en el ocho, la Justicia, la Perfección. Además, los vasos no deben rodar sobre la mesa ni romperse, tampoco hay que cruzar los cuchillos. Con el diecisiete, la Estrella, madame se muestra cauta. Significa generosidad, altruismo, pero estamos tan acostumbrados a que el diecisiete traiga siempre mala suerte, que del diecisiete madame prefiere no fiarse. Mucho mejor el diecinueve, el Sol.

Los huéspedes del hotel no lo saben y comen, ajenos a todo, catorce albóndigas o diecinueve raviolis o seis pastelitos, y en cambio, todo forma parte de un plan que madame crea expresamente para que sean felices.

Ahora bien, para todo lo referido a su felicidad, madame dice que si todavía no le ha llegado, es muy difícil que llegue pasada cierta edad. Aunque no imposible. Lo peor de todo es la soledad. Cuando almuerza sola, algo que ocurre casi siempre, sin mantel, con servilleta de papel, nota un fantasma que le da golpes en la cabeza y se la echa sobre el plato. Como si el fantasma le reprochara el no ser capaz de vivir con alguien, de tener un amor. Yo tampoco me explico esta soledad suya, a menos que se trate de una maldición, porque madame es la persona más hermosa y buena que conozco y en su almanaque encuentras apuntados todos los favores que debe hacer: llevar pan recién horneado a los vecinos, ponerle la inyección de analgésico a mi mamá y cosas por el estilo.

A madame la llamamos madame y a su yegua Amelia le decimos Amélie, aunque ninguna de las dos tenga nada de francesa; la cuestión es que un día de estos, madame tendrá que ir a París a ver cómo se las apaña

el primogénito de los vecinos, el músico. Los vecinos siguen a rajatabla las reglas católicas y tienen todos los hijos que Dios les manda, pero no pueden vigilarlos. Es decir, vigilarlos, los vigilan, pero así por encima, no de forma especial. De manera que madame se prepara para viajar, y dos veces por semana va a la ciudad a estudiar francés, pero ocurre que todas las escuelas, sean del tipo que sean, le dan agobio y sufre mucho. Pero París... ¡Oh, París!

Ella admira mucho a la familia de los vecinos y no sólo porque son buenas personas, sino porque saben cómo ser felices.

En cambio, por mí siento pena. Por lo que pasó a causa de mi padre, que era el mejor padre del mundo, pero un buen día desapareció de repente porque era un jugador de cartas perseguido por los acreedores y la policía. Y por eso nos embargaron las casas de la ciudad y nos vinimos para aquí, a las únicas tierras que nos quedaron, mamá, mis hermanitas, mi tía, el abuelo y la abuela Elena, que se murió poco después. Por todo esto, a mi padre lo odié con toda el alma. Hasta el día en que me pasó una cosa. Una cosa mágica. Resulta que yo estaba hecha un ovillo en la cama del cuarto del hotel que madame siempre tiene libre para mí y no conseguía pegar ojo, en parte porque en el colegio tenía un montón de notas malísimas e iba atrasada en todas las asignaturas, y en parte porque una compañera mía había venido a visitarme y se había aburrido pese a que habíamos visto unos delfines saltando frente a la isla de Serpentara.

Noté un soplido, como si alguien jugara a echarme viento. No lo veía, pero ésa era una broma típica de mi

padre. El viento agitó las sábanas, las levantó hasta el techo y se formaron dos alas grandes, una con la sábana bajera, otra con la encimera, y se distinguían porque la encimera tiene pasamanería y la otra no. Me quedé únicamente con las mantas y mi padre no paraba de soplar, el muy juguetón, y en vez de morirme de miedo, me divertí como loca. Entonces comprendí que mi padre había muerto y no volvía a casa porque no podía, no porque no quisiera. Esta idea la tuve desde siempre, desde el día en que se fue, que mi padre no es de esos que abandona así a los suyos. Sobre todo a mí, la primogénita, su preferida. Y lo cierto es que volvió, a su manera, volvió a mi lado.